

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 3 SEPTIEMBRE 1959
NÚM. 595 AÑO XII

Un tema a destiempo



En verano es casi obligado tratar, en los periódicos, del calor, de los turistas y de cuantos temas con ellos se relacionan. Sin embargo, como la vida común, ordinaria, a que estamos sometidos todo el año no podemos obviarla por motivos de temperatura o de estación no te extraña que hoy, lector te hable de un fenómeno social que a todos afecta. El de la desconfianza que existe muchas veces entre los miembros de una misma asociación.

Sabemos que para que un conjunto humano organizado funcione a la perfección es preciso que todos sus componentes actúen unidos y colaboren con el mismo afán. Cada uno desde el puesto que le corresponde. Desde el superior al inferior. Sin diferencias de prelación en sus diferentes cometidos, aunque, sí, con la relativa autoridad que a cada uno incumbe, según el papel que en el seno de la asociación represente. Ni el superior en jerarquía debe ceder atribuciones que a él solo pertenecen, ni el subordinado debe pretender usurpárselas. Como tampoco invirtiendo los términos, ni éste debe abdicar de sus derechos, ni aquél, por una malentendida superioridad debe negárselos.

Porque de la misma manera que en un organismo mecánico igual necesaria es la rueda principal que el tornillo que la sujeta, en un cuerpo social tan necesario es el personaje rector como el más insignificante de sus componentes. Cada uno, repetimos, dentro de sus respectivas funciones.

Cuando así no ocurre, cuando algunas de las piezas del conjunto no ejerce regularmente su cometido, se origina un desorden, un desacuerdo en el engranaje, y el resultado no puede ser otro que la ineficacia en los fines por que fué creado.

Si se trata de un organismo social, en que cada unidad es un ser pensante y emotivo, es decir con sus reacciones y reflexiones, la defeción de una parte o de un sector ocasiona en los restantes un clima de desconfianza, de escepticismo que se traduce una obra negativa.

Ese fenómeno lo hemos visto producirse en varias ocasiones en sendas sociedades que se han constituido en la ciudad.

En un principio, cuando los ánimos han sido movidos por el entusiasmo, y los propósitos no han salido del papel, todo ha parecido factible y los augurios han sido optimistas. Luego, en el momento de las realidades, cuando han empezado a salir los obstáculos, los resortes han fallado, y el entusiasmo ha ido decayendo hasta producirse ese ambiente de escepticismo y desconfianza que ha borrado el resplandor de buena fe de los pocos que lo han mantenido.

Así, nada o bien poca cosa, puede hacerse en ningún orden asociativo. Cuando la fe decae, cuando la nube de la desconfianza se cierne sobre una sociedad el fruto de su actuación ha de ser forzosamente escaso o nulo, y será en vano pretender reanimarla con palabras y consejos. La desconfianza es una mala hierba en el campo social. Absorbe la buena labor del cultivo.

Por eso creemos que para llevar a buen término cualquier empresa de tipo societario hay que procurar mantener firme y sin desmayo la base de la mutua confianza, de la fe con la rectitud de proceder de todos sus componentes. Y para lograrlo sólo hay un camino, una sola línea de conducta para todos y cada uno de aquellos. El cumplimiento de sus deberes y derechos. Imponer aquéllos y respetar éstos. Que por eso existe en toda asociación un organismo rector para que así sea.

Si éste falla, todo está perdido. Por-

Sintonia

Libro blanco sardanístico

Es de suponer que tratándose de hablar o comentar sobre la cuestión económica de las sardanas, uno puede decir la verdad. Las sardanas siempre han sido cara a la luz pública y por lo tanto, decir todo cuanto de ellas dependa será hablar con rectitud. Con entera veracidad puede decirse que en la barcelonesa barriada de Gracia se tocaron en el transcurso de una semana, nada menos que 234 sardanas. Asombroso ¿verdad? Pues más asombroso si de este número sacamos un cálculo: 234 sardanas por mil pesetas, resultan 234 mil. Inconmensurable ¿no? Pues esta es la base a regirnos, según imponía sus condiciones a nuestro primer organismo turístico una cobla, a raíz de una solicitada audición de seis sardanas. Seis mil pesetas netas. O sea que a 11 músicos les correspondía a cada uno, o les habría correspondido, 545 pesetas por dos horas de trabajo. Si añadimos a esto, que hoy día una cobla es de Primera Categoría no por sus cualidades artísticas, sino por su cotización al organismo superior, resultará de ello un Libro blanco, como damos en llamar a esta Sintonía, más negro que una noche cerrada de tormenta.

Aquella audición no se aceptó, pero sí por la mitad — ¡que ja está be! — por otra cobla que no se la podía calificar de buena. Y mientras preguntamos como se las arreglan en Barcelona con tanta audición, y nos preguntamos, también que diría el célebre Pep Ventura si volviera, él, que aumentó el número de músicos; mientras, pues, nos preguntamos, todo esto, lamentamos que a la Costa Brava, y muy particularmente a nuestra ciudad se la vapulee sardanísticamente.

que cuando un rebaño se pierde, más hay que achacar la culpa a los pastores que a las ovejas.

Xavier